

La imagen de la ciudad de Ayacucho: tres coyunturas de expansión *

Ángela Béjar Romero y
Nelson E. Pereyra Chávez
Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga

1. Introducción

Hasta mediados del siglo XX, Ayacucho se caracterizó por ser una ciudad pequeña y conservadora. Su configuración espacial obedecía a patrones de organización y separación social y étnica heredados de la colonia. Así, el trazado de las calles (sendas) y la arquitectura de las casas mantenían el patrón introducido por sus fundadores en el siglo XVI: una plaza central desde donde se trazan las calles en línea recta hacia diferentes puntos de la ciudad y una arquitectura compuesta por casonas señoriales.

Consideramos que esta distribución espacial y su respectiva arquitectura se transformaron, principalmente, durante tres marcadas coyunturas del siglo XX: la reapertura de la Universidad de Huamanga en los 60, la violencia política de los 80 y la llegada tardía de la globalización a la ciudad en los 90. En estas tres

* Ponencia presentada al VI Congreso Nacional de Investigaciones en Antropología, Lima, 2005. Agradecemos las valiosas sugerencias de Abilio Vergara Figueroa y de José Coronel Aguirre para el presente trabajo.

etapas, el crecimiento y la diversificación de la población dieron lugar a nuevas formas de ocupación del espacio urbano a partir del surgimiento de nuevas sendas (calles y avenidas), nuevos nodos y mojones, así como la ampliación de fronteras y bordes en la «nueva» ciudad. Todo ello devino en la configuración de nuevos lugares, funciones y significados que los habitantes asignaron a los espacios transitados y ocupados.

Nuestro interés se centra en la descripción etnográfica de la imagen de Ayacucho configurada durante las tres coyunturas mencionadas; para tal efecto, hemos utilizado las propuestas teóricas de Lynch y Augé y privilegiado una metodología de exploración física e histórica que nos ayude a «retratar» la ciudad.

La exploración física intenta formar una imagen pública de la ciudad atendiendo, sobre todo, a la dimensión física y perceptible de los diferentes lugares de ésta. Porque, según Lynch, las «imágenes colectivas son necesarias para que el individuo actúe acertadamente dentro de su medio ambiente y para que coopere con sus conciudadanos» (1998: 61). En este sentido, Lynch clasifica las formas físicas en cinco tipos de elementos: *sendas*, *bordes*, *barrios*, *nodos* y *mojones*¹.

Por su lado, Augé (1998) diferencia los *lugares* de los *no-lugares*. Los *lugares* son aquellos espacios llenos de significación en tanto se establecen variadas formas de relación como las redes sociales, los sentimientos y el significado que se les proporciona; mientras que los *no-lugares* son solamente los espacios de

¹ Las *sendas* son los conductos que sigue el observador normal, ocasional o potencial; pueden estar representadas por calles, senderos, líneas de tránsito, canales o vías férreas. Los *bordes* son los límites entre dos fases, rupturas lineales de la continuidad como playas, cruces de ferrocarril, bordes de desarrollo, muros. Los *barrios* son las secciones de la ciudad concebidas como de un alcance bidimensional, en el que el observador entra «en su seno» mentalmente; y son reconocibles como si tuvieran un carácter común que los identifica. Los *nodos* son los puntos estratégicos de la ciudad a los que puede ingresar un observador y constituyen los focos intensivos de los que parte o a los que se encamina. Finalmente, los *mojones* son otro punto de referencia a los que no ingresa el observador (Lynch, 1998: 62-

tránsito o de permanencia circunstancial y breve, en los que no se establece algún tipo de significación, sentimiento o identificación. Cabe señalar que los *no-lugares*, según Augé, son consecuencia de la modernidad y la posmodernidad.

2. Los antecedentes históricos

La ciudad de Ayacucho, denominada antiguamente como Huamanga, fue fundada por los españoles en 1540 para proteger la ruta Jauja-Cusco de la incursión militar de los incas rebeldes de Vilcabamba. La ciudad se vio favorecida, en el siglo siguiente, por el auge de las minas de Huancavelica y de los obrajes y haciendas de la región. En esta etapa de auge, se instaló en la ciudad un centro administrativo vinculado al Estado colonial, por un lado; por el otro, un grupo de mineros, hacendados y obrajeros que se comportaban como aristócratas.

Como toda ciudad española fundada en los andes, Ayacucho fue organizada bajo las disposiciones urbanísticas del damero, con calles rectas y lotes cuadrangulares distribuidos alrededor de una Plaza Mayor que cumplía diversas funciones, como políticas, porque alrededor de ella se ubicaban las instituciones del poder local (Cabildo, Corregimiento); militares, en tanto que ahí se reunía la tropa; y hasta económicas, ya que era el lugar donde funcionaba el tianguéz o mercado local. En este núcleo urbano se instalaron los miembros de la elite española, mientras que las zonas periféricas fueron reservadas para los pobladores mestizos e indígenas. Se instauró, en términos espaciales, la separación entre españoles e indios.

Mientras los indígenas fueron reubicados en los barrios periféricos de Santa Ana y la Magdalena, los mestizos dedicados al comercio y a la producción artesanal conformaron los barrios de Carmen Alto y San Juan Bautista en el siglo XVII. Éstos, conjuntamente con el núcleo urbano español, empezaron a integrar una misma traza urbana que conservaba y reproducía el diseño del damero introducido por los conquistadores.

En el núcleo urbano, los miembros de la elite local mandaron construir grandes y espaciosas casas de dos pisos con galerías, cuartos amplios, vanos, zaguanes y un patio central cuadrangular, como atestigua la relación de 1586 elaborada por Pedro de Rivera y Antonio de Chávez y de Guevara, dos funcionarios de la administración colonial:

La forma de las casas de esta ciudad es como las de España con sus altos y bajos y aposentos grandes y anchurosos, con sus patios y corredores, huertos y corrales y todo cumplimiento, y su agua de riego que viene por una acequia principal y se reparte a las casas conforme a su cantidad que es poca (1881 [1586]: 127-128).

A la vez, en los barrios periféricos, los pobladores mestizos e indígenas introdujeron una arquitectura más simple derivada de la vivienda señorial, con estructuras de un solo nivel, fachadas simples, galerías pequeñas y patios en forma de U. Ambos diseños arquitectónicos y coloniales fueron transformados recientemente en la centuria pasada, al introducirse un nuevo patrón en la construcción de viviendas como veremos más adelante.

Una importante expansión urbana de Ayacucho ocurrió en el siglo XX, durante la etapa del «Oncenio» de Leguía y en los cuatro últimos decenios de la mencionada centuria. Entre 1919 y 1930, la ciudad modificó su ordenamiento inicial debido al impulso modernizador del régimen de la «Patria Nueva» y las celebraciones del centenario de la Batalla de Ayacucho (1924). Así, en esta etapa se refaccionaron con cemento y ladrillo el edificio de la Municipalidad y algunas casonas coloniales; se pavimentó las calles del núcleo urbano y se aperturó la amplia avenida Centenario, llamada hoy Mariscal Cáceres. Posteriormente, en los años 60, 70 y 80 del siglo XX, se produjo otro crecimiento explosivo, como veremos a continuación.

3. La ciudad y la reapertura de la universidad

En 1959, un viejo anhelo de los ayacuchanos se materializó: la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga (UNSCH) reabrió sus puertas y sus aulas; desde entonces se convirtió en el foco dinamizador de la economía, la cultura y la vida cotidiana locales. La Universidad, en sus inicios, se mostró como una institución moderna y funcional a su localidad, puesto que implementó un novedoso sistema de enseñanza, consiguió apoyo externo y ejecutó programas de investigación y desarrollo en múltiples áreas. Además a ella llegaron profesores, intelectuales y técnicos de primer nivel comprometidos con el cambio social².

Para la vieja ciudad, la reapertura de la Universidad resultó explosiva, no sólo por los cambios mentales que trajo al ser portadora de una ideología progresista y contestataria en una sociedad católica y conservadora, sino además por la masiva concentración de estudiantes y por la decisiva gravitación que ejerció.

Con la reapertura de la UNSCH, el crecimiento demográfico de los jóvenes se aceleró hasta casi duplicar el promedio nacional. En 1959, la Universidad inició sus labores con 228 matriculados; éstos en 1966 se habían quintuplicado y para 1978 se contaba con un total de 7209 estudiantes universitarios que, en su mayoría, provenían de las provincias de Ayacucho o de otros departamentos vecinos como Huancavelica, Junín, Apurímac e Ica.

Cuadro 1: Población universitaria de Ayacucho: 1959–1981

Años	1959	1966	1978	1981
Población universitaria	228	1,140	7,209	11,711

64).

² Para un análisis del impacto de la reapertura de la UNSCH en la sociedad

A esta población estudiantil debe agregarse los profesores y los empleados de la UNSCH que, en su mayoría, eran foráneos, y unos pocos ayacuchanos. Así en 1959, había 14 docentes y 19 administrativos; en 1965, trabajaban 120 docentes y 95 administrativos; en 1970, las cifras se incrementaron a 126 profesores y 144 trabajadores; y en 1976, laboraban en la UNSCH 221 docentes y 189 administrativos³.

Todos estos nuevos actores sociales dinamizaron la economía local y la vida cotidiana invirtiendo sus salarios y «mesadas» en medios de transporte, albergues, pensiones, restaurantes y lugares de recreación. «En los años 60 o incluso 70 –señala Degregori– cuando la universidad entraba en vacaciones, la ciudad volvía a su habitual quietud colonial, apenas interrumpida por algún vehículo que asomaba de allá en cuando por la Plaza de Armas» (Degregori, 1990: 42). También Manuel J. Granados, quien a fines de los 70 fue estudiante de la UNSCH, recuerda la vida cotidiana de aquellos años:

Siempre se ha dicho que Huamanga era un caso especial, pues era una de las pocas ciudades en el mundo que subsistía gracias a su Universidad. Y esto era cierto porque la mayor parte de los cinco mil estudiantes universitarios que había en 1971 eran foráneos, venidos de las provincias cercanas o de lugares más alejados. Y ellos necesitaban de vivienda, comida y distracción. Desde la época de la colonia Huamanga había sido una ciudad donde vivía gente de rancio abolen-go: hidalgos, caballeros, marqueses, barones y condes. Sus descendientes, la mayoría ya arruinados económicamente, se vieron en necesidad de alquilar habitaciones de sus inmensas casonas a estos estudiantes foráneos. También vieron la conveniencia de poner restaurantes y pensiones de nombres decentes [...] (Granados, 1999: 22-23).

local, véase Degregori, 1989.

Con la inmigración provocada por la Universidad, la ciudad creció. Los terrenos de las laderas fueron ocupados por los nuevos habitantes, de tal modo que el núcleo histórico y los barrios tradicionales fueron cercados por nuevas urbanizaciones y asentamientos humanos. Así en las décadas de 1960 y 1970, aparecieron las asociaciones de vivienda Pampa del Arco, Progreso, 11 de Abril, Basilio Auqui y Chaqui Huayco; los barrios de La Libertad, Yuraq Yuraq, Barrios Altos, Leonpampa, Nazarenas, Santa Bertha, Vista Alegre, Rudaqasa; y las urbanizaciones EMADI, Jardín y Mariscal Cáceres, estas tres últimas habitadas desde mediados de los 70 por profesionales y empleados de los sectores medios vinculados a la Universidad o a las instituciones del Estado⁴ (González *et al.*, 1995: 128-132).

Estos nuevos barrios, asentamientos y asociaciones propiciaron también la transformación arquitectónica de la ciudad al introducir un nuevo patrón en la construcción de las viviendas. En efecto, las nuevas casas no recrean la arquitectura de las casonas coloniales ni el elemento básico de las construcciones locales: el amplio corredor con techo sostenido por columnas de madera con base de piedra, una de las características del área cultural Pocra-Chanca descrita por Arguedas⁵; al contrario introducen nuevos materiales de construcción (como el cemento, la arena y el concreto armado) y un plano distinto conformado por un amplio cuarto en el primer nivel con una estrecha escalera al costado, una sala en el segundo piso más una o dos habitaciones

³ Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, 1977: 109.

⁴ Cabe señalar que muchos de estos nuevos barrios surgieron luego de invasiones a extensos terrenos adyacentes al núcleo urbano; es el caso de la asociación Pampa del Arco que nació en 1960 a causa de la invasión a la hacienda Arcopampa.

⁵ Véase Arguedas, 1958. Para él los otros elementos culturales que definían la identidad del área «Pocra-Chanca» —conformada por los departamentos de Huancaavelica y Ayacucho y las provincias de Chincheros y Andahuaylas— eran la forma dialectal del llamado quechua ayacuchano, la unidad folclórica-musical y las manifestaciones del arte popular como los danzantes de tijeras, las andas con cenefas barrocas de cera y los cajones de san Marcos, además de la forma arquitectónica mencionada.

pequeñas y contiguas y una azotea en vez de techo. Complementan esta estructura las puertas y ventanas hechas con varillas de hierro y vidrio y —en algunos casos y si la extensión de la acera lo permite— pequeños jardines en la parte delantera del edificio.

La Universidad de Huamanga no fue ajena a la transformación de la vivienda ayacuchana, ya que ella misma levantó un edificio de concreto armado en la década de los 60 en pleno centro histórico de la ciudad; el edificio, donde albergó algunas de sus facultades, rompió también con el patrón arquitectónico del núcleo urbano de los años precedentes y se convirtió en un nuevo mojón.

En esta coyuntura ocurre una nueva forma de espacialización de la ciudad no sólo en términos urbanísticos y de crecimiento espacial y poblacional, sino también en términos de significados. Así encontramos que Ayacucho empieza a ser dividido en «tres regiones» que parten de su núcleo urbano caracterizado ahora por su centro histórico y por la presencia en él de la institución universitaria. Estas «tres regiones», claramente definidas en tanto cumplen funciones distintas, son la zona de expansión de la infraestructura universitaria (hacia la parte norte del núcleo urbano), las nuevas zonas de residencia de las emergentes «clases medias» (que, a diferencia de otros lugares donde tienen ubicación más precisa, en Ayacucho se congregan en espacios no continuos de la ciudad), y los barrios tradicionales ampliados.

Siguiendo a Lynch podemos decir que en esta etapa surgen nuevas sendas, en otros casos, las anteriores amplían sus recorridos, formando nuevos nodos, mojones y límites en la ciudad, relacionados sobre todo con la institución universitaria, donde interactúan los nuevos actores sociales, los mismos que dieron una nueva funcionalidad a los diferentes espacios de la ciudad. Así, la calle Asamblea y su prolongación la avenida Independencia, que conectan el núcleo histórico con la Ciudad Universitaria,

popularmente conocida como Módulos, se configuran como una de las principales sendas de la ciudad al ser recorridas, mayormente, por estudiantes, docentes y trabajadores universitarios.

Luego de la reapertura, a los edificios construidos en esta vía, tales como el colegio Mariscal Cáceres y el antiguo hospital que datan de los años 50 —este último convertido en residencia universitaria— se suman otros: el restaurante Agallas de Oro, el Centro Cultural «Simón Bolívar», el Estadio Ciudad de Cumaná, el Coliseo Cerrado Ciudad de Caracas y la Plaza Bolívar, construidos en 1974, durante las celebraciones del sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho, como veremos más adelante, que se constituyen en mojones; es decir, son los hitos o puntos de ubicación que dan direccionalidad a la población que se dirige hacia la zona norte. Pero, en muchos casos, estos mojones son también puntos de confluencia vial y peatonal y también de interrelación con estos nuevos lugares, formando a la vez un nuevo nodo.

El principal nodo para esta época lo constituye el puente Vinatea que se ubica en la intersección de los jirones Asamblea y Quinoa y la avenida Independencia; es decir, en una confluencia de sendas, lugar en el cual también se ubican la Residencia Universitaria y el ex local de los Planteles de Aplicación «Guamán Poma de Ayala» (centro de prácticas de los estudiantes de Educación de la UNSCH). Ambos edificios, en el imaginario colectivo, componen dos mojones ya que son puntos de referencia y orientación para dirigirse hacia las zonas circundantes.

Entre los bordes de la ciudad, hasta fines de los 70, encontramos hacia el noreste la zona circundante a la Ciudad Universitaria; y hacia el norte, una extensa área de cabuyas, tunas y otras plantas silvestres cortadas por la vía de Los Libertadores, donde más adelante se edificaría la Casa del Campesino y otras urbanizaciones de clase media.

Podemos afirmar que el crecimiento de la ciudad a partir de la reapertura de la universidad, tanto en la constitución de sen-

das, el surgimiento de nuevos nodos y mojones así como los límites que la bordean, está casi circunscrito a la zona norte, por ser ésta el espacio que contiene la infraestructura universitaria.

Por otra parte, a partir de la reapertura de la universidad, los diferentes espacios de la ciudad cobran nueva funcionalidad. Así en el núcleo histórico, donde antiguamente se realizaban ceremonias religiosas (procesiones) y retretas que reunían a los miembros de la elite local, se empiezan a desarrollar nuevas y variadas actividades principalmente vinculadas al quehacer universitario, tales como manifestaciones políticas, debates académicos, movilizaciones populares que reúnen a diferentes actores sociales de procedencia social diversa y de variadas edades. Por ejemplo, el periodista Gustavo Gorriti refiere que en octubre de 1979, durante la campaña por las elecciones generales del siguiente año, la UDP y otros grupos de izquierda realizaron una manifestación en la Plaza de Armas de Ayacucho, y que dicha manifestación culminó en un enfrentamiento con un grupo de agitadores de Sendero Luminoso. El citado autor relata además que al empezar la manifestación «arrancó a llover con fuerza y la gente se guareció en los portales. Cuando parecía que la reunión fracasaría antes de comenzar, el dirigente campesino Julio Orozco Huamaní [...] recurrió a un rito andino para detener la lluvia, *Quemó hojas de coca y paró de llover*» (Gorriti, 1991: 33).

De este modo, el núcleo histórico pierde su carácter elitista para pasar a ser un espacio popular. También las nuevas zonas (zona universitaria y zona residencial) adquieren una funcionalidad distinta a la de los barrios tradicionales de Ayacucho. Hablamos pues de la urbanización Jardín, que se ubica al este de la ciudad, a pocos metros del actual aeropuerto, y de las urbanizaciones Mariscal Cáceres y EMADI que se hallan al norte de la urbe, casi al frente de la zona universitaria, donde se desarrollan actividades laborales y de residencia de actores sociales también vinculados al quehacer universitario.

En el caso de los barrios tradicionales, éstos mutan de función, puesto que ya no congregan solamente a artesanos o arrieros como antiguamente ocurría; al contrario, en esta etapa, en ellos residen comerciantes, profesionales y empleados públicos que a la vez son universitarios o que tienen hijos como estudiantes de la universidad. Se trata pues de un fenómeno novedoso para la ciudad y para una sociedad acostumbrada al conservadurismo y la tranquilidad casi pueblerina. El extenso testimonio de Luis Lumbreras—quien fue profesor de la UNSCH poco después de su reapertura y es testigo de estos hechos— revela de manera elocuente aquel cambio urbano, social y hasta mental.

[Antes de la reapertura de la UNSCH] Ayacucho era una ciudad monacal, de base semifeudal [sic]; por sus calles circulaban pongos y semaneros, campesinos que cumplían tareas serviles en casas de terrateniente de todo tamaño y riqueza [...] Casi todos los templos tenían actividad diaria con gran feligresía y las plazas y calles alojaban monjes y monjas de varia vestidura. Al medio día los caminantes hacían la señal de la cruz bajo el mandato de la gran campana de la catedral y en todos los casos era posible saber la historia personal de cada caminante y descubrir en rostro de un paseante al forastero extraño a la ciudad. Había unos pocos automóviles, todos con nombre propio y apellido. La retreta de jueves y domingo, con Radio Sol de Primavera y el Club Zoológico reunía en el parque (la Plaza Sucre) a los terratenientes y a sus hijos y a los burgueses y a sus hijos y eran los días del gran intercambio de información. Todos se saludaban con todos, frente a frente, de abajo arriba y viceversa. Todos sabían hijo de quién es. Era un pueblo. Cuando llegó en 1959 el primer contingente de profesores de la universidad, que eran en total unos 10 o 12, todos quedaron a la espera de su incorporación social. El año 60 aumentamos quizá 20 ó 30 los docentes y los estudiantes eran algo más de 400 [...] de pronto todo cambió en Ayacu-

cho. De año en año fue creciendo el número de docentes y estudiantes [...] ya nadie sabe hijo de quién es el caminante; la economía consumista de mercado domina las relaciones; ya no hay retreta y las radios de Ayacucho pueden ser escuchadas en cómodos equipos transistorizados sin tener que acudir al parque (que ahora se llama Plaza Sucre); los diarios llegan regularmente desde Lima. La población se ha quintuplicado y ya no hay automóviles con nombre y apellido, porque hay muchos. Hasta policía de tránsito existe. Después de 15 años de reabierto la universidad casi nadie recuerda los apellidos de las familias de terratenientes y los burgueses [sic] dominan plenamente la ciudad y ahora los docentes son parte de la clase media que desde entonces ha crecido considerablemente (UNSCH, 1977: 262-263).

Cabe señalar que en esta etapa se incrementaron los centros de diversión en casi toda la ciudad, los mismos que constituyen las primeras manifestaciones de los *no-lugares*, de los que nos habla Augé. Así, podemos observar un crecimiento inusitado de bares y cantinas, los mismos que fueron frecuentados no solamente por los tradicionales bohemios huamanguinos, sino además por estudiantes y jóvenes universitarios, muchos de ellos venidos de otros lugares.

[...] Como siempre el vicio fue el que predominó: los guariques y las cantinas tuvieron un crecimiento explosivo. Los estudiantes foráneos, apenas cobraban su giro mensual en el Banco de Crédito o lo recogían en las agencias de transporte, inmediatamente lo invertían en las cervezas de los lugares tan famosos como Las Brujas, Donde mueren los valientes y La cámara de gas (Granados, 1999: 23).

4. Presencia del Estado en la ciudad

Luego de la reapertura de la UNSCH, se nota una importante presencia del Estado en la década de los 70, sobre todo –como

lo dijimos líneas arriba— con ocasión de las celebraciones del sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho (1974). En este período la institución estatal puso también su «granito de arena» en la transformación urbana de Ayacucho, al instalar en la ciudad oficinas de las agencias gubernamentales y de los ministerios. Esta presencia estatal trajo consigo el crecimiento de un importante sector de empleados y obreros ayacuchanos y foráneos ligados al sector servicios, quienes también demandaron vituallas, hospedaje, recreación y transporte, aunque en menor escala en relación con los docentes y estudiantes universitarios. Además, tras las huellas del Estado llegó el capital financiero: las sucursales de los bancos estatales y privados; muchos de éstos se establecieron en antiguas casonas y solares del centro histórico; junto a ellos se incrementaron las construcciones de material «noble», sin alterar en lo posible el patrón arquitectónico tradicional. Estos elementos van configurando, en esta etapa, el rostro relativamente moderno de la ciudad.

En este periodo se construyeron el edificio de ENTEL Perú, las nuevas instalaciones del Correo Central (ambos en la segunda cuadra de la concurrida calle Asamblea), los colegios San Ramón (en la senda de la Alameda Bolognesi en la zona sur), Nuestra Señora de Las Mercedes y el nuevo Aeropuerto Alfredo Mendivil Duarte (un nuevo *no-lugar* ubicado al este de la ciudad).

Como podemos observar, estas edificaciones se constituyen también en nuevos mojones en las zonas sur y este de la ciudad y llevan a la ampliación de antiguas sendas o al surgimiento de otras nuevas como una suerte de prolongación. Así, la avenida Mariscal Castilla surge como la continuación del jirón Carlos F. Vivanco, formando un importante nodo en la intersección de estas vías. Aquí confluyen los paraderos de transporte interprovincial. Esta zona es una zona ligada a una fluida actividad comercial y el punto obligado para ir los domingos a la feria ganadera de San Juan Bautista que se realiza en el barrio tradicional

del mismo nombre. De igual modo, la mencionada vía, al juntarse con la avenida del Ejército, forma un nuevo nodo. Ambas vías son la ruta obligada para llegar a la zona este de la ciudad, es decir, hacia el nuevo aeropuerto.

5. La ciudad en la década de la violencia

A partir de 1980, este panorama cambia de forma abrupta. El punto central de esta época es la violencia política, que se origina con el inicio de la lucha armada por parte de Sendero Luminoso en mayo del mencionado año. En este periodo, el proceso migratorio se intensifica; pero, a diferencia del proceso migratorio tradicional, es compulsivo y forzado: está alentado por el miedo, la inseguridad y el terror, como consecuencia de la violencia política y el proceso de guerra.

La forzada migración interna produjo un crecimiento demográfico explosivo. Entre 1981 y 1993 la ciudad creció rápida y desordenadamente, con una tasa de 65.2%. (véase cuadro N° 2). Lo más notorio de ello es la presencia de numerosos pueblos jóvenes o barriadas y asentamientos humanos, ocupados básicamente por la población desplazada que se establece en terrenos invadidos. Se suman a éstos una que otra nueva urbanización residencial de «clase media».

Cuadro 2: Población de la ciudad de Ayacucho: 1981-1993

Años	1981	1993
Población	69,533	114,809

La ciudad se extendió en todas las direcciones: hacia el norte surgieron los asentamientos humanos de Los Artesanos, Licenciados, 16 de Abril, 11 de Junio, Los Laureles. Entre los pueblos jóvenes y asentamientos humanos están: El Arco, 20 de Mayo, Madre Covadonga, Pampa Hermosa, San Carlos, Señor del Huer-

to, San Felipe, Asociación Las Rosas, Asociación Cerrito La Libertad, Guamán Poma de Ayala, Villa Cruz, Villa San Cristóbal, Inti Raymi, Santa Teresita, María Magdalena, Jesús de Nazareno, Los Vencedores, Las Dunas, Tahuantinsuyo. En esta zona se establecen también las urbanizaciones: J. Ortiz Vergara, Luis Carranza, Sector Público, Sector Educación y Quijano Mendivil.

Hacia el sur, en la zona de Vista Alegre –perteneciente al tradicional distrito de Carmen Alto– se ubican los barrios de La Paz y ENACE. En Carmen Alto, además, están Los Pokras, San Luis de Tinajeras y Los Olivos. En el distrito de San Juan Bautista, los barrios de Santa Rosa, Asociación Magisterial, Libertad de las Américas, Victoria de Ayacucho, Miraflores, Señor de Arequipa y San Melchor.

Hacia el este se ubican las asociaciones Los Artesanos (en Conchopata), César Mujica, Santa Elena, Congache y Santa Rosa. En esta zona se ubica también la urbanización San José y la zona residencial de Pío Max Medina.

Al oeste, el pueblo joven de La Unión, los barrios de Alto Perú y Pueblo Libre, y los asentamientos humanos de Los Pinos y Asociación Señor de la Picota.

Muchos de los elementos arquitectónicos que observamos hoy en la ciudad se configuran en esta década. Así encontramos construcciones modernas y de material noble, sobre todo, en las denominadas «zonas residenciales», como también en los pueblos jóvenes y barrios populares, donde se ha reemplazado el adobe por el ladrillo y el cemento. En la zona urbano-marginal, ya se usa la calamina en lugar de las tradicionales tejas para techar las sencillas viviendas.

En este periodo empieza también el trazado de nuevas sendas, la ampliación y prolongación de antiguas callecitas de la Huamanga tradicional. Así tenemos, por ejemplo, la prolongación del antiguo jirón Piura –hoy avenida Mariscal Cáceres– hacia la zona oeste (zona de ladera) casi interconectada a la carretera a Lima, la actual vía Los Libertadores.

En la misma dirección y de forma paralela se prolongan también los jirones Manco Cápac, Bellido, Callao –que conectan el centro con el barrio La libertad– y el jirón Lima.

Este crecimiento urbanístico originó una nueva funcionalidad en los diferentes espacios de la ciudad. El núcleo histórico, en esta etapa, queda restringido para algunas ceremonias religiosas (sobre todo para la Semana Santa); se anula su uso para fines políticos y, más bien, se orienta a las ceremonias patrióticas (donde se reafirman, todos los domingos, los sentimientos del patriotismo y la «nacionalidad peruana» en el contexto de la violencia política), quedando incluso prohibida la circulación peatonal y vehicular durante algunas horas del día, especialmente en la Plaza de Armas.

Muchas de las antiguas casonas son convertidas en tiendas comerciales; las sendas circundantes del centro histórico que fueron ampliadas y/o prolongadas, según fuera el caso, se ven abarrotadas de comerciantes informales, quienes, debido al desempleo reinante entre la población desplazada, se dedican al comercio ambulatorio en los jirones Asamblea, 28 de Julio (en sus tres primeras cuadras) y Carlos F. Vivanco.

Entre otras sendas un tanto marginales, el jirón Chorro, ruta casi obligada para acceder a los tradicionales barrios de Puka Cruz y Belén, cobra mayor importancia en esta etapa, en tanto se convierte en una prolongación de la zona del mercado central. De igual modo, el jirón San Martín, que se extiende desde el centro hacia dos flancos, siguió cumpliendo la función de unir el centro con el antiguo barrio de San Sebastián ubicado hacia el este de la ciudad; en cambio en el oeste, donde se ubica el antiguo barrio de Soquiácató, lugar de obligado paso para llegar al santuario del Señor de Quinuapata –éste situado en el casi inhabitado barrio de Belén– nace un nuevo punto de encuentro y paradero de camiones que se dirigen a los distritos y provincias del interior del departamento; este nuevo punto cobra nueva funcionalidad e importancia porque, al igual que en el jirón Cho-

rro, el comercio ambulatorio —que circunda el mercado central— se extiende por el jirón Libertad.

Hacia fines de los 80, los bordes de la ciudad se amplían notablemente a diferencia de las décadas pasadas. En el norte, las zonas circundantes a las nuevas urbanizaciones y asentamientos humanos son las que cercan la ciudad, mientras que el sureste de Ayacucho terminaba en el grifo Chacchi (a tres cuadras del Cementerio Central), y el Hospital del Seguro Social era un mojón aislado. En el este, el Cuartel del Ejército era el borde definitivo, mientras que en el oeste, la vía Los Libertadores, en las faldas del cerro La Picota, cercaba la ciudad.

Igualmente, «la marea humana» que se asentó en el espacio urbano-marginal de la ciudad «hizo que ella reventara» (González *et al.*, 1995: 133) ocasionando problemas de tugurización de las viviendas, hacinamiento, erosión hídrica y contaminación. Es que en el área urbano-marginal, se construyeron casas-habitación que no cuentan con los servicios básicos, como el abastecimiento de agua potable y los servicios higiénicos.

6. Ayacucho en el contexto global

Huamanga a comienzos del nuevo milenio, ya no es la ciudad dormida de los años cincuenta, ni la urbe paralizada por la violencia de la década de los ochenta. Es una ciudad que con algo de retraso, ha entrado en la era de la globalización con todas las hibrideces que ello implica (Huber, 2002: 39).

Si echamos una rápida mirada a la ciudad, constatamos su desmesurado crecimiento demográfico y, junto con ello, los diferentes espacios de la ciudad son ahora lugares de residencia. El crecimiento desordenado y, a veces, caótico responde a los patrones de asentamiento, de distribución y el uso de los espacios públicos y privados que forman parte de la visión de los

migrantes venidos de las zonas rurales durante la etapa de la violencia política.

En el nuevo contexto de la globalización, el patrón arquitectónico de la ciudad introducido en la década anterior se mantiene, en tanto que se siguen utilizando los mismos materiales y se siguen manteniendo las mismas estructuras en la construcción de las viviendas, tanto en las zonas residenciales como en los asentamientos humanos.

Hoy la ciudad nos presenta calles amplias y muchas avenidas que circundan el espacio citadino, signos de una tardía modernización. Así, en esta etapa, en la mayoría de los casos, se mantienen las sendas trazadas en la década de los 80, las mismas que son ensanchadas, pavimentadas y asfaltadas por el municipio local. Pero, además, se aperturan nuevas avenidas como la avenida Javier Pérez de Cuellar, que conecta la intersección de la avenida Independencia y la vía Los Libertadores con los nuevos asentamientos humanos de Mollepata y Puracuti, ubicados al noreste de la ciudad, en los antiguos terrenos agrícolas de las laderas de Ayacucho. Esta esquina constituye también un nuevo nodo y un punto referencial para todos aquellos que transitan por este sector o para los viajeros que llegan o parten de Huamanga hacia Lima.

Las otras vías de la ciudad que en la etapa anterior fueron prolongadas especialmente hacia la zona oeste (como los jirones Manco Cápac, Bellido, Lima y Callao, de los cuales ya hablamos en los párrafos anteriores), en este período, se conectan con la vía Los Libertadores. De igual modo, el jirón Piura es fusionado con la antigua avenida Centenario, llamada hoy avenida Mariscal Cáceres, la misma que cruza la ciudad desde el óvalo Bogado –nodo donde se ubica la salida hacia las provincias norteñas del departamento y hacia la ciudad de Huancayo– hasta la carretera a Lima, en el extremo oeste.

También en los 90, se construye y se pavimenta la vía de acceso al santuario de Quinuapata del tradicional barrio de Be-

lén. De este modo, a través de esta única senda que se conecta con Soquiacato y con el núcleo urbano de Ayacucho, este lugar de peregrinación religiosa deja de ser un espacio aislado al oeste de la ciudad y se incorpora a la traza urbana. La mencionada senda, atravesando los asentamientos humanos de Yuraq-Yuraq, Pueblo Libre y Piscotambo, se prolonga hasta la vía Los Libertadores. De igual modo, en la zona sur de la ciudad, se amplía y se pavimenta la avenida Carmen Alto, una vía que conecta el antiguo borde de la Alameda Bolognesi con el tradicional y antiguo barrio de arrieros: Carmen Alto. Pero, además, esta senda es prolongada mediante la Av. Los Incas hacia la cima del cerro Acuchimay, un lugar turístico de la ciudad. En la intersección de las avenidas Los Incas y Libertadores se forma un nuevo nodo que reforza el antiguo mojón existente (el cementerio de Carmen Alto). A la altura del nuevo nodo, las vías se bifurcan hacia dos flancos: una hacia la izquierda que llega hasta el mirador turístico del cerro Acuchimay —que también es un nuevo mojón en la ciudad— y otra hacia la derecha que conduce a los barrios de Vista Alegre y Quicapata.

En el sureste se amplían las avenidas Arenales y Cusco que parten desde el anterior nodo y mojón del cementerio. La primera senda conduce a los asentamientos humanos ubicados alrededor del barrio de Santa Elena, la segunda nos lleva hacia los asentamientos que se ubican en la zona de partida de la carretera Andahuaylas-Cusco. Por otro lado, el hospital de ESSA-LUD se convierte en un mojón y un punto importante de referencia en esta parte de Ayacucho.

Otro mojón importante ubicado al este de Ayacucho lo constituye el nuevo penal de Yanamilla, que fue inaugurado en la década de los 90. Toda el área que circunda al penal es el borde o frontera donde actualmente termina esta parte de la ciudad.

Como consecuencia del crecimiento urbano de Ayacucho y de la atención que el Estado y las autoridades locales prestan a la ciudad, los bordes de la ciudad son ampliados. Por ejemplo,

los barrios de Yuraq-Yuraq y Pisco Tambo y la comunidad de Huascahura –otrotra periféricas zonas rurales a la ciudad– y la misma oeste. De igual modo, la antigua hacienda de Ñawinpuquio, hoy habitada por pobladores urbano-marginales, es el nuevo borde al sur de Ayacucho, mientras que en el noreste los bordes se han trasladado a los barrios de Mollepata y Puracuti. Sin embargo, hacia el extremo sur la alameda Bolognesi sigue constituyendo, en el imaginario popular, «el punto final» de Ayacucho.

A fines de los 90, el barrio de Las Nazarenas –que surgió en la década de 1960 en la zona este de la ciudad– alcanza la categoría de distrito a solicitud y gestión de sus pobladores; desde entonces, este distrito entra en una etapa de mejora urbana debido a que cuenta con sus propias autoridades y presupuesto económico.

Matizan el paisaje urbano muchos centros de recreación o *no-lugares* como pollerías, cafeterías, una que otra pizzería, discotecas, bares, tabernas, chicherías y cantinas, a parte de los tradicionales «rinconcitos» del jirón Londres, Siete Vueltas o San Juan Bautista donde se expende aguardiente de caña, por un lado; por el otro, las esquinas de la Plaza Mayor que, en las noches, albergan a «chifas al paso» y emolienteras (os), cuyos calentados de hierbas y caña mitigan el frío de los caminantes de las noches frías de Huamanga.

Los restaurantes, lugares donde se preparan diversos potajes nacionales y, a veces, internacionales, compiten con los puestos de comida de los mercados de Ayacucho y con las vivanderas que cada domingo realizan la feria gastronómica en la plazoleta El Arco, donde expenden comida típica y criolla. Los consumidores ayacuchanos asisten a cualquiera de estos lugares de acuerdo a sus condiciones económicas y al *status* social al que pertenecen.

Además, en los portales de la Plaza Mayor, encontramos puntos de venta de periódicos y revistas, cambistas de dólares y

euros. Todo el espacio de Plaza Mayor, en esta nueva etapa, ha recobrado su funcionalidad múltiple pero con otros elementos. Así, los domingos, sigue siendo el escenario de ceremonias patrióticas, pero ahora también es el lugar donde se realiza el concurso de comparsas del carnaval ayacuchano, las procesiones de Semana Santa, las presentaciones artísticas, manifestaciones políticas, las marchas de protesta, el desfile de carros alegóricos, incluso fue el escenario de la presentación del informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, y de otros actos sociales significativos más. Hay que añadir que en este nuevo contexto, el libre tránsito vehicular y peatonal por el núcleo urbano, especialmente por la Plaza de Armas, ha sido reordenado.

En este nuevo contexto, los espacios de la ciudad han sido también ocupados por iglesias no católicas que tienen numerosos centros de culto en el núcleo urbano, en las zonas residenciales y en los barrios urbano-marginales. Si antes los huamanguinos han sido, por siglos, tradicionalmente un híbrido entre el catolicismo y la religión andina prehispánica, hoy en cambio asisten a diversidad de iglesias y cultos no católicos, que son también parte de la oferta religiosa de la modernidad. Por esta razón, el 7% de su población total de Ayacucho es evangélica, según el censo de 1993 (para mayor información véase Béjar, 1998).

Cerca de 150 pandillas juveniles se posesionan de la ciudad a determinadas horas de la noche y se constituyen en el componente más importante de actividades y eventos folklóricos que se desarrollan en ella. El pandillaje, cuyas características lindan con la delincuencia, se ha constituido en el factor de mayor riesgo en materia de seguridad ciudadana.

La violencia multiplicó la migración; en cambio, la globalización ha puesto al alcance de la población huamanguina los avances de la tecnología moderna en los diferentes ámbitos de la vida. Esto se evidencia, por ejemplo, en el crecimiento del parque automotor: vehículos popularmente conocidos como «com-

bi», automóviles de todo tipo y procedentes de diversos lugares de fabricación, motocicletas y sobre todo las mototaxis que circulan por las diferentes arterias de la ciudad. El comercio de electrodomésticos, la venta y servicio técnico de computadoras han alcanzado un mayor auge en estos últimos años; asimismo, los mini *markets*, galerías de ropa y de productos artesanales se han incrementado en las calles céntricas de Ayacucho.

Los medios masivos de comunicación tienen, en la actualidad, una presencia importante en la ciudad, a diferencia de la etapa anterior cuando las emisoras radiales no pasaban de cuatro. Hoy en día podemos encontrar veinte emisoras locales reconocidas por el Ministerio de Transportes y Comunicaciones y una gran cantidad de emisoras de diferentes lugares del Perú que saturan el dial de los receptores, todo ello por obra y gracia del *boom* de la transmisión por FM (Frecuencia Modulada) y las comunicaciones vía satélite que están siendo muy bien aprovechadas por diversas empresas que difunden la cultura de la massmediación.

De igual manera, observamos un crecimiento de los servicios de Internet mediante la instalación de cabinas públicas, donde las personas de todas las edades, sobre todo jóvenes entre 18 y 25 años de edad, pueden comunicarse con gente de cualquier parte del mundo o darle otros usos (al respecto véase, Huber, 2002).

7. A modo de conclusión

Como pudimos constatar a lo largo de este trabajo, la ciudad no es ni será más la Huamanga de antaño; tenemos ante nosotros no solamente un panorama diferente, sino también usos y costumbres diferentes. La ciudad, al igual que su población, es cada vez más híbrida y vive paralelamente entre tradición y modernidad.

Esta transformación se inició de manera notable a mediados del siglo pasado con la reapertura de la Universidad; se intensi-

ficó de manera compulsiva y desordenada en la década de 1980 como consecuencia de la migración originada por la violencia política.

Una etapa clave en el reordenamiento urbano y poblacional de Ayacucho fue la de la década de los 90 y que continúa en la actualidad, ya que en este período surgieron nuevos *lugares* en los diferentes espacios de la ciudad, espacios que tienen que ver con la perspectiva y la forma de relacionarse de los nuevos habitantes.

Al mismo tiempo, como consecuencia de la influencia de los medios de comunicación de masas en el proceso de la modernización local, dentro del contexto de la globalización, se nota con claridad, a diferencia de las etapas precedentes, la proliferación de *no-lugares*. Por eso, observamos el incremento de agencias de transporte terrestre y aéreo, hoteles, el funcionamiento del aeropuerto y la aparición de nuevos centros de diversión – que se suman a los anteriores– como discotecas y salones de juego, entre otros numerosos ejemplos.

BIBLIOGRAFÍA

- Álamo, Julio Enrique (2005): «El centro histórico y la vida cotidiana en la ciudad de Ayacucho», en Godofredo Taípe, coord., *Itinerarios del proceso urbano: Ayacucho en la perspectiva de la antropología urbana*, Ayacucho, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, pp. 61-79.
- Arguedas, José María (1958): «Notas elementales sobre el arte popular religioso y la cultura mestiza en Huamanga», en *Revista del Museo Nacional*, Lima, Vol. 28, pp. 140-194.
- Augé, Marc (1998): *Los no-lugares. Espacios del anonimato*, Barcelona, Gedisa.
- Béjar Romero, Ángela (1998): «Ubicación espacial y composición social de las nuevas iglesias en la ciudad de Ayacucho».

- cho», Tesis de Bachillerato, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.
- (2003): «Radio e identidad en Huamanga», Tesis de Licenciatura, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.
- Degregori, Carlos Iván (1989⁷): *Sendero Luminoso: los bondos y mortales desencuentros*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos. Documento de Trabajo N° 4.
- (1990): *Ayacucho 1969-1979: el surgimiento de Sendero Luminoso*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- González Carré, Enrique *et al.*, (1995): *La ciudad de Huamanga: espacio, historia y cultura*, Ayacucho, Concejo Provincial de Huamanga, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga y Centro Peruano de Estudios Sociales.
- Gorriti Ellenbogen, Gustavo (1991³): *Sendero: historia de la guerra milenaria en el Perú*, Lima, Apoyo.
- Granados, Manuel Jesús (1999²): *El PCP Sendero Luminoso y su ideología*, Lima, s.i.
- Huber, Ludwin (2002): *Consumo, cultura e identidad en el mundo globalizado*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- Licona Valencia, Ernesto (2001): «La imaginabilidad de un territorio a partir de la oralidad y el dibujo», en Abilio Vergara, coor., *Imaginario: horizontes plurales*, México, CONACULTA-INAH, pp. 131-163.
- Lynch, Kevin (1998): *La imagen de la ciudad*, Barcelona, Gustavo Gili.
- Panfichi, Aldo (1998): «Urbanización temprana de Lima: 1535-1900», en Aldo Panfichi y Felipe Portocarrero, eds., *Mundos Interiores, Lima: 1850-1950*, Lima, Centro de Investigaciones de la Universidad del Pacífico, pp. 16-42.
- Pereyra Chávez, Nelson (2003): «De Huamanga a Ayacucho: la ciudad entre los siglos XVI y XX», Ayacucho, documento presentado a la AECL.

- Rivera, Pedro de y Antonio de Chávez y de Guevara (1881): «Relación de la ciudad de Guamanga y sus términos, año 1586», en Marcos Jiménez de la Espada, ed., *Relaciones Geográficas de Indias*, Madrid, Ministerio de Fomento del Perú, pp. 105-139.
- Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga (1977): *Libro jubilar en homenaje al tricentenario de su fundación*, Ayacucho.
- Vergara, Abilio (2003): *Identidades, imaginarios y símbolos del espacio urbano. Québec, La Capitale*, México, CONACULTA, INAH.